

Año: XXXVIII, 1997 No. 874

David C. Martínez-Amador es ciudadano mexicano, radicado en Guatemala. Es estudiante de posgrado en la Universidad Francisco Marroquín, y además colabora como profesor auxiliar en el área de filosofía social.

Quo Vadis México

David C. Martínez Amador

No cabe duda de que México vive una etapa de cambios. Se ha realizado un manejo muy cauto de la crisis económica al inicio de 1994 y, además, se han abierto las puertas políticas a las fuerzas democráticas al arribo de la oposición, en este caso Vicente Fox, del PAN, a la presidencia de la República. Es comprensible entonces que tanto el sector académico como el ciudadano común y corriente se pregunten: ¿Hacia dónde va México? La pregunta es muy válida pero que quede claro que en estas cuestiones relacionadas con el fenómeno de la vida societaria no hay fórmulas mágicas ni tarot que leer.

Los teóricos modernos en materia de ciencia política aseguran que al momento de analizar el fenómeno de la vida societaria es por demás necesario desprenderse de toda consideración subjetiva e ideológica (a este respecto léase a Karl W. Deutsch, Política y Gobierno, Fondo de Cultura Económica, quien afirma que ... las ideologías no son más que meros mapas de la realidad...) y enfocarse plena y llanamente en los aspectos factuales del fenómeno político. No puedo estar de acuerdo con esta postura, mucho menos cuando nos referimos a un discurso que necesariamente tiene repercusiones para la vida en sociedad. Por lo tanto, al momento de definir aquello que está en juego no es posible presentar una postura demasiado pragmática, pues quien analiza el fenómeno de las opciones públicas no brega con cosas u objetos manipulables al antojo.

Pretendo con este escrito no afirmar qué sucederá con México en los próximos años, pero sí —haciendo uso de las herramientas intelectuales provenientes de la tradición liberal— verter alguna luz en cuanto a qué sería lo aconsejable por realizar y qué es necesario evitar, pues como bien afirmara el profesor Von Mises: Toda política económica que ignore los principios de la praxeología, está destinada, a priori, a fracasar".

Las elecciones del 2 de julio pasado demuestran que hay una sociedad mexicana que quiere ser libre, democrática, dueña de su propio destino, pero por sobre todo, que está cansada del proyecto de nación que por setenta años fue esquematizado por el Partido Revolucionario Institucional. Sin embargo, hay que dejar en claro que la sola voluntad de millones de mexicanos no basta para alcanzar las ambiciones de prosperidad y desarrollo, pues éstas tan anheladas metas no son cuestión de una voluntad mayoritaria, no son cuestión de planes políticos sexenales, mucho menos producto de grandes revoluciones sociales. Creo que la cuestión, contrariamente a lo expuesto, es un problema de instituciones, es decir, cómo afianzar aquellas instituciones que permitan el florecimiento de las libertades de los individuos y con ello, el goce del bienestar. Pero también es muy cierto que solamente las utopías más ingenuas pueden pensar en crear las instituciones necesarias para asegurar la

convivencia en sociedad. Esta fue precisamente la característica del siglo XX, locos obcecados apoyados por la academia a nivel mundial que se embobó con los cantos de sirena de aquellos que creían poder crear las instituciones necesarias para organizar el orden social. Es, por el contrario, totalmente necesario un proceso constante de experimentación, basado en las expresiones y acciones libres de los ciudadanos, pues la oportunidad de generar mejores resultados de convivencia social es mucho mayor que a través de comités centrales de burócratas, políticos, economistas, y empresarios nutridos por un modelo preconcebido (The 20th Century, en The Economist, 11 de septiembre de 1999).

La Historia

El México precolombino no conoció ninguna de las instituciones relacionadas con la libertad, sino por el contrario, encontramos una sociedad organizada de la punta de la pirámide hacia abajo, donde la idea del individuo era inconcebible, así como la idea de la propiedad privada: un colectivismo organizado y un control comunitario eran los denominadores comunes de este México mexicana. Y a la llegada de los peninsulares las cosas no fueron mejores. Hago aquí causa común con Octavio Paz y Lawrence Harrison en cuanto a la explicación sociohistórica del México moderno, pues es muy probable que las mismas razones del subdesarrollo y la pobreza se encuentren allí. La época colonial, aunque trajo a México algo de la herencia cultural de Occidente (las artes, la lengua castellana, la religión monoteísta) no pudo hacer crecer en México las instituciones necesarias para propiciar el desarrollo. Por el contrario, la colonia hizo a México receptor de la herencia católica---enemiga del capitalismo---y la autocracia política de la corona de España. Dicha herencia se mantendría desde la época post independiente hasta los inicios del siglo XX, que bien puede ser llamado el siglo perdido para México.

A inicios del siglo XX, el siglo de la época porfiriana, el futuro prometía mucho para la nación. Líneas ferroviarias vinculaban la capital con los puertos más importantes del mundo, y como resultado de esto la inversión extranjera se había volcado al país, al punto que el ingreso per cápita de los mexicanos era similar al de los ciudadanos de los países más desarrollados. Ante los ojos del mundo, México finalmente había dejado atrás la herencia autocrática de la corona de España y los opresivos preceptos de la iglesia católica. Pero esto vendría a su fin. En 1910 el sueño del México moderno, del México próspero, fue enterrado con el advenimiento de la Revolución Mexicana, con esa tan mitificada revolución agraria campesina (cuando en realidad fue gestada por hacendados blancos del norte), que a final de cuentas vino a instaurar el pilar del nuevo orden social mexicano: la falacia endémica de subyugar lo individual a lo colectivo. La Constitución vigente es sencillamente una adecuación de los preceptos revolucionarios de 1910 y, haciendo uso de la expresión vertida por Octavio Paz, los delirios de barroquismo. Nuestra carta magna se extiende a cientos de artículos, pero con ello no es posible lograr un gobierno basado en la responsabilidad, el equilibrio de poderes y el respeto a los derechos individuales inalienables. Por lo tanto, un documento que debiese servir como freno, como límite a la acción coercitiva del gobierno, se convierte en la salvaguarda de los abusos estatales. En 1929 Elías Calles da luz al partido *divino* que habría de llevar la ruta del país por los próximos 70 años, donde éste se debatió entre el socialismo y esquemas de economía mixta. Ante tal

entorno no es sorpresa el rechazo a la empresarialidad y la oposición hacia las características esenciales de la acción humana en un medio como el nuestro. Semejante aberración sólo ha conducido a la proliferación de mercados cautivos y protegidos (y que tendemos a confundir con el mercado). A principios de los noventa, casi ochenta años después de la época del Porfiriato, México retomó el camino perdido. Bajo la administración de Carlos Salinas de Gortari, el déficit fiscal fue reducido y convertido en superávit, la inflación descendió de 180% a un 8%, la reestructuración de la deuda externa le dio al país un gran respiro y el capital internacional halló en México otra vez un hogar. Se inició la privatización de la economía y la apertura comercial. México se dirigía hacia el nuevo milenio con gran esperanza y optimismo. Pero al igual que en 1910, el viejo *establishment* finalmente le pasaba la factura a Salinas y la ha tenido que pagar todo el pueblo de México con sus sueños de bienestar tirados al olvido, pues más allá de los crímenes políticos e imputaciones de corrupción que puedan hacerse al esquema económico de Salinas, éste no fracasó por la inviabilidad del sistema de mercado, sino al contrario, gracias al proceso político. Esto nos demuestra una enorme lección: que lo político poco cuenta para hacernos sentir bien pero mucho influye para destruir nuestras aspiraciones.

¿Qué Hacer? Darle un voto de confianza al mercado

Si algo necesita México urgentemente es una total y completa revolución de mercado que vuelva a ponerle en el camino del desarrollo. Abelardo Villegas, en su texto Teoría de las democracias, afirma (a pesar de ser receptor de la herencia intelectual de Leonardo Zea) que la América Latina no logró deshacerse de sus esquemas feudales debido a que no conoció una revolución burguesa (usando el término burgués en su sentido original, sin prejuicios marxistoides, refiriéndonos al habitante de los burgos, de fuertes inclinaciones comerciales) que, por contraste, le permitió al mundo anglosajón instaurar valores y principios de Mercado que en última instancia lograron que la sociedad civil fuera capaz de producir la riqueza necesaria y el gobierno simplemente actuara como árbitro de la nación: la época de oro del siglo XIX europeo.

La administración que ahora toma las riendas del país ha de hacer precisamente lo contrario, soltar las riendas y dejar de intentar construir el tan anhelado pacto de nación, que en resumidas cuentas es un rezago de la mentalidad dictatorial propia de la historia latinoamericana. No es necesario recurrir a un plan superior de vida nacional, pues dentro de un esquema de mercado todos prosperamos sin conflicto entre los diferentes participantes, ya que solamente cuando el gobierno empieza a otorgar recompensas con base en presiones políticas, enfrentamos conflictos de grupos y se inicia la competencia para lograr una porción de ese poder político. La verdad es que hasta ahora no hemos explorado aún las ventajas de una economía libre, pues poco se ha hecho en cuanto a la desregulación que reduzca el costo de invertir en México, una reforma fiscal que nos ubique en el plano de la competitividad fiscal, la reforma financiera que nos proporcione crédito y la apertura definitiva a la inversión extranjera directa.

Pero ¿por qué hacer tanto énfasis en la necesidad de darle un voto de confianza al mercado? Sucede que esta revolución capitalista a la que he aludido anteriormente fue esencialmente la separación de lo político de la sociedad misma y tiene como

mayúsculo logro que el individuo se separe completamente de los factores de intromisión política en relación con la construcción de su existencia. Los derechos del hombre llegaron a considerarse como del hombre natural, anterior al hombre político.

Bien decía John Locke que la gran virtud de la propiedad privada (pilar esencial del proceso de mercado) era permitirle al individuo construir una existencia separada del Estado: es decir, despolitizar la vida en sociedad.

Aquí pues, me uno a la propuesta del profesor Von Hayek, quien hizo énfasis en todo momento en la necesidad de derribar a la política estatista del pedestal en que se ha colocado y matarla como ídolo en el que se han puesto todas las esperanzas de bienestar, libertad y justicia. Creo que hemos de hacernos escépticos de las bondades del sector estatal, lo cual quiere decir dejar de considerar al Estado como un dispensador esencial de servicios, pues como ya lo enseñó Federico Bastiat, el gobierno no nos da nada con una mano sin antes habérselo quitado con la otra. Así, entre más dinero tenga el gobierno menos tendrán los ciudadanos.

Los cambios de fondo siempre vienen a largo plazo. Todo lo aludido anteriormente será posible solamente en la medida en que las nuevas generaciones de mexicanos *vean con ojos distintos* al Estado. En un país como el nuestro, en el cual la educación ha sido estructurada para mantener una enorme fe en el gobierno y donde la medieval iglesia católica mexicana participa en la formación mental de la sociedad, realmente dudo que sea posible augurar mejores tiempos. Mientras tengamos la formación de las nuevas generaciones en manos del Estado, nunca alcanzaremos el anhelado desarrollo.

A los mexicanos nos urge superar el idealismo de Rodó. Quinientos años de vivir orientados por una filosofía moral equivocada y socialmente contraproducente deberían ser suficientes.